

# Metamorfosis del trabajo.

## Presentación

Sandra Ezquerro, Víctor Ginesta y Joan Quesada

Solo una crisis, real o percibida, produce verdaderos cambios», afirmaba Milton Friedman en una sentencia que se ha convertido ya en cita habitual. «Cuando esa crisis se produce», prosigue, «las medidas que se toman dependen de las ideas que hay alrededor nuestro. Esa es, creo yo, nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, mantenerlas vivas y disponibles hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable».<sup>1</sup>

Leídas hoy, las palabras de Friedman podrían interpretarse erróneamente como una interpelación a los pensadores heterodoxos para resistir al dominio agobiante de la actual ortodoxia económica neoliberal en ámbitos tan diversos como la academia, los poderes públicos, las instituciones económicas internacionales, las asociaciones patronales y toda una pléyade de *think tanks* de todas las tendencias políticas preponderantes. Sin embargo, a lo que en realidad interpelaba en 1982 el *avvocato* del neoliberalismo era a sostener una ofensiva sin cuartel —recién iniciada entonces y aún sin concluir— contra el régimen económico y político nacido del pacto social de la segunda posguerra mundial. Leída, nuevamente, desde la actualidad, la cita de Friedman resulta premonitoria y, bien entrados ya en el siglo XXI, podemos afirmar sin duda que lo que

entonces era «políticamente imposible» se ha transformado hoy de hecho —o según intentan hacernos creer— en «políticamente inevitable».

## **De aquellos polvos vienen estos lodos**

Después de cuarenta años de subrepticia propagación neoliberal desde la creación de la Société du Mont Pèlerin, tiempo en el que la *doxa* de dicha comunidad transnacional fue incrementando su representación en espacios como la academia o las fundaciones, la crisis «necesaria» para operar la transformación a la que Friedman hacía referencia se produjo en la década de 1970. El desencadenante fue la decisión de la OPEP de suspender el suministro de crudo a algunas de las principales potencias occidentales a raíz del apoyo de estas a Israel en la Guerra de Yom Kippur, lo que hizo que el precio del petróleo se cuadruplicase en apenas seis meses desde el inicio del conflicto. Las causas verdaderas de la crisis, sin embargo, eran mucho más profundas, y estaban vinculadas a la tendencia intrínseca de la economía capitalista al estancamiento una vez cesados los efectos extraordinarios de la reconstrucción de posguerra,<sup>2</sup> así como al agotamiento de las circunstancias sociales que habían facilitado que los países occidentales implementaran un régimen de acumulación basado en el modelo fordista. Era este un modelo basado en un contrato social —o, como diría Carole Pateman, un «contrato sexual»— apoyado en la dualidad *pater familias breadwinner* y mujer ama de casa, o lo que es lo mismo, en la división por géneros entre el trabajo productivo y trabajo reproductivo.

La regulación laboral, marcada a fuego por este sesgo de género, estaba basada en el pleno empleo políticamente garantizado, la negociación colectiva de salarios con los sindicatos, la participación de los trabajadores en las esferas de decisión de la empresa, el control estatal de industrias clave, un sector público amplio con empleo seguro como mo-

delo para el sector privado, derechos sociales (selectivamente) universales protegidos de la competencia, impuestos y políticas de ingresos destinados a mantener la desigualdad dentro de ciertos límites y políticas industriales cíclicas impulsadas por los gobiernos para asegurar un crecimiento constante, entre otras medidas.

Como fuera, la crisis del petróleo de 1973 y la consiguiente quiebra bursátil de 1973-1974, junto con la recesión económica que ambas provocaron y el fenómeno de la «estanflación» —combinación de estancamiento e inflación— que caracterizó todo el periodo, proporcionaron los argumentos para lanzar una prolongada ofensiva de la clase capitalista contra el trabajo cuyos efectos resultan ahora cada vez más dramáticos para los pueblos de todo el mundo. La implementación de los postulados neoliberales ha seguido cursos distintos en cada Estado-nación particular del sistema-mundo capitalista, igual que también eran distintas las situaciones de partida de cada país.

En la periferia del sistema, por ejemplo, tras el laboratorio neoliberal del Chile de Pinochet a partir de 1973, la crisis de la deuda de la década de 1980 fue el momento elegido por las instituciones económicas internacionales —fundamentalmente el FMI— para imponer severas medidas de austeridad al gasto público y, simultáneamente, resignificar el papel de los Estados en la economía. Siendo el punto de partida la noción del *Strong State* o Estado fuerte, el rol de este se modificó para pasar a ser ahora el de crear y preservar un marco institucional apropiado para las prácticas de mercado, un nuevo papel fundamentado en las creencias neoliberales en la superioridad del libre intercambio frente a la intervención estatal en la economía. Así, se forzó la privatización de los activos públicos y la desregulación de los flujos de capitales a fin de abrir los territorios a la inversión extranjera, tanto financiera o especulativa como directa, destinada esta última a proveer a las grandes corporaciones multinacionales del Norte del trabajo barato y las materias primas del Sur.

En el centro capitalista, sobre todo en la Europa continental, si bien el proceso ha sido más gradual (en parte porque los países partían de sistemas con una protección social comparativamente elevada), esa misma década de 1980 vio el ascenso al poder de Margaret Thatcher en el Reino Unido (en 1979) y de Ronald Reagan en los Estados Unidos (en 1981), cuyos gabinetes, en contraste con las reticencias de los socialdemócratas, emprendieron decididamente la reforma (o el desmantelamiento) de las instituciones económicas existentes, tanto nacionales como internacionales, y que eran en parte fruto del consenso de posguerra entre capital y trabajo (tanto el llamado «productivo» como el reproductivo).

Las decisiones *políticas* que dicho proceso de desmantelamiento ha conllevado han sido reiteradamente descritas tanto para el plano transnacional como para los diversos casos nacionales. Así, aquí nos limitaremos a enumerar sucintamente algunas de las grandes direcciones de cambio que mayores consecuencias han tenido para la situación actual de la clase trabajadora mundial. A pesar de la ya mencionada multiplicidad de casos particulares, esa «reforma» de las instituciones económicas hasta entonces dominantes implicó, en primer lugar, la *derogación de las legislaciones nacionales antimonopolio*, lo que dio pie a una oleada de fusiones y absorciones empresariales que propiciaron la aparición de gigantes corporativos de dimensiones sin precedentes. En el plano internacional, se produjo la paulatina *supresión de las barreras a la libre circulación de bienes (incluida la propiedad intelectual), de servicios y, sobre todo, de capitales entre países*, lo que facilitó tanto la deslocalización de la producción industrial del centro a países con trabajo barato, como el entrelazamiento de los intereses financieros internacionales, en un fenómeno que se ha dado en denominar la «globalización» económica contemporánea. La aparición de múltiples áreas regionales de libre comercio fue también parte de este proceso. La combinación, a su vez, de las nuevas reglas de inversión transnacional con la generalización del uso de las nuevas tecnologías de la comunicación y la

información, así como las dificultades para regresar a las tasas anteriores de acumulación de capital tras la crisis de 1973, ayudaron a la propagación de una nueva lógica económica bautizada como «financiarización», que incluyó un aumento de flujos de dinero prestado y transacciones financieras, mediante un circuito crediticio que funcionaba de forma dual: por un lado, se abrieron y crecieron los mercados de crédito para las clases medias y bajas, y, por otro, se crearon los mercados de bienes futuros —y todas las tecnologías financieras subyacentes— para quienes podían apostar. Todo ello permitió un aumento nunca visto anteriormente de la *especulación financiera* internacional, que pasó a convertirse desde entonces en el principal medio de acumulación de capital.

En los distintos planos nacionales, los cambios más sustanciales consistieron inicialmente en el abandono de la idea de pleno empleo; la desregularización de los mercados —calificados de rígidos—, que incluía la reprivatización, generalizada, de las empresas públicas de suministros (energía, agua, comunicaciones y telecomunicaciones); el uso de políticas económicas monetaristas, encaminadas hacia la oferta, con una caída de la inversión pública y la demanda estatal, y la rebaja de la fiscalidad para las franjas de renta superiores. Todo ello, combinado con la desindexización de los salarios —muchos salarios reales fueron congelados—, propició una pérdida de poder adquisitivo —matizada con la citada facilitación del acceso al crédito privado— que ha desembocado en los mayores niveles de desigualdad económica en Occidente desde los albores de la Primera Guerra Mundial. A ello ha seguido más recientemente la paulatina apertura de las instituciones del Estado de bienestar a la gestión privada con ánimo de lucro: pensiones, sanidad, educación, cuidados... en una segunda oleada, más intensa, de redimensionamiento del Estado y redefinición de su rol en la economía.

Lejos de lo que cabía pensar, la reciente crisis iniciada en 2007-2008, en lugar de cuestionar todas las medidas citadas, solo ha llevado a profundizar en ellas, en lo que está siendo, en los distintos niveles nacio-

nales y con la consolidación de la deuda como excusa, una espiral de recortes de las prestaciones del Estado a las capas más desprotegidas de la sociedad y, en el plano internacional, un nuevo aluvión de tratados liberalizadores de los que forma parte el proyecto de tratado de libre comercio e inversión entre Norteamérica y la Unión Europea (TTIP).

En el plano político, los treinta y cinco años de ofensiva neoliberal contra las clases trabajadoras han conllevado en todo Occidente un grave debilitamiento del poder de las tradicionales organizaciones obreras, los sindicatos, que no solo han visto drásticamente mermada su afiliación en los menguantes sectores industriales, sino que también han sido incapaces —por estructura y *modus operandi*— de adaptarse a los cambios en el mercado laboral, es decir, a su creciente segmentación y diversificación, para representar a los colectivos más dispersos y precarizados de los sectores de servicios y de aquellos vinculados a la denominada «Nueva Economía», como los autónomos o *freelance*.

Dichos cambios están ligados a un nuevo foco en el mercado laboral: de la búsqueda de la seguridad y el pleno empleo (mayoritariamente masculino) al requerimiento de flexibilidad (tanto masculina como femenina), la premisa que marca no solo los cambios en la macroeconomía sino también en la propia organización laboral. Como explican Luc Boltanski y Ève Chiapello: «la autonomía ha sido intercambiada por la seguridad abriendo la vía a un nuevo espíritu del capitalismo que alaba las virtudes de la movilidad y de la adaptabilidad, mientras que el precedente se preocupaba, sin duda, más de la seguridad que de la libertad».<sup>3</sup> Se trata de un nuevo ideal de gestión del trabajo remunerado basado en la llamada «flexiguridad», que busca mezclar «disposiciones contractuales flexibles y fiables, estrategias globales de aprendizaje permanente, políticas activas del mercado laboral eficaces y sistemas de seguridad social modernos», perfectamente entrelazadas con el incremento de la temporalidad y la flexibilidad, y que tienen, además, un marcado componente de

género al estimular las medias jornadas y las trayectorias laborales interrumpidas para las mujeres.

Por otro lado, el destronamiento del keynesianismo de posguerra del sitio de la ortodoxia económica y la sustitución del Estado intervencionista y el objetivo de pleno empleo que este preconizaba por un recuperado dogma liberal de autorregulación de los mercados han transformado a los partidos socialdemócratas en nuevos cómplices de las grandes corporaciones e inversores transnacionales, cuya realización paradigmática son las famosas «terceras vías» que adoptó la socialdemocracia europea a finales del siglo pasado para convertirse en partidos *«catch-it-all»*, listos para ganar de nuevo las elecciones. Ello ha propiciado que las clases trabajadoras hayan quedado prácticamente huérfanas de representación en todas las instituciones nacionales y supranacionales de las democracias políticas occidentales, lo que ha facilitado todavía más la hegemonía política neoliberal.

Todos esos cambios de rumbo político y económico en el sistema-mundo capitalista a partir de la década de 1970 no han hecho más que exacerbar las desigualdades económicas y la injusticia social, históricamente concentradas en torno a tres ejes fundamentales, a menudo complementarios y entrecruzados, de desigualdad: (1) la clase (o el eje capital-trabajo, que a menudo posee, además, un marcado componente étnico), (2) el género (o el eje de la división sexual del trabajo) y (3) y la división centro-periferia (o el eje de la división internacional del trabajo).

Los artículos aquí reunidos repasan las gravísimas y diversas consecuencias que para los trabajadores y las trabajadoras han supuesto las transformaciones ya indicadas.

## Nuestra selección de artículos

Así, por lo que respecta a la situación de las desigualdades sociales modeladas por el eje de clase, en «La difícil situación de la clase obrera en los Estados Unidos» (pp. 33-68) Fred Magdoff y John B. Foster describen con minuciosidad y precisión el sombrío presente de la explotación de clase en el corazón mismo del capitalismo, una situación por lo demás extrapolable a un gran número de países del centro. La cifra oficial de desempleo de en torno al 5% en el país americano solo oculta la tendencia real al rápido crecimiento de lo que Marx denominó el «ejército de reserva de trabajadores», compuesto ahora no solo de personas sin empleo, sino también en situación de subempleo o de empleo inseguro. Especialmente preocupante es el creciente peso numérico de los pobres con empleo (o *working poor*), que en los Estados Unidos representan actualmente más de 10 millones de personas, o un escalofriante 7% de la población ocupada —7,8% de las mujeres y 6,3% de los hombres—, cifra que se dispara hasta el 13,3% entre los afroamericanos y el 12,9% entre los hispanos. La extensión de esta práctica creciente de remunerar el trabajo por debajo del salario mínimo de reproducción a fin de incrementar las ganancias supone, además, una subvención encubierta del Estado a los beneficios empresariales, ya que es este el que, a través de distintas prestaciones sociales, acaba por sufragar la parte del salario que no cubre el empleador.

Responsable en parte de todo ello es la tendencia cada vez mayor de las grandes empresas a externalizar la contratación laboral a agencias de trabajo temporal como vía para eludir los convenios colectivos, una tendencia muy presente tanto en el sector industrial como en las grandes cadenas de distribución (almacenaje, logística) y de venta minorista, así como en las cadenas de restauración. Más allá de esto, bastará un solo dato para dar idea del incremento de la precariedad laboral en los Estados Unidos en la actualidad: en 2013, un tercio de todo el empleo en el



país era en régimen temporal —entre otras modalidades, contratos por obra, trabajadores *freelance* o empleo a través de agencias de trabajo temporal—, y se calcula que en 2020 el trabajo temporal representará el 50% de la ocupación. La situación no es muy diferente en otros contextos como el español, donde el peso absoluto y relativo de los contratos indefinidos por cuenta ajena disminuyó en prácticamente un millón de contratos desde el inicio de la oleada de reformas laborales en 2010 hasta el año 2014.

Especialmente afectados por la situación presente del trabajo en los Estados Unidos resultan los jóvenes (18-24 años), quienes, como en muchas otras economías desarrolladas, acusan dificultades especiales para incorporarse al mundo laboral. No en vano, en la mencionada franja de edad, la tasa de personas que ni estudian ni trabajan (los despectivamente conocidos como «ni-ni») es del 15%, mientras que la tasa de desocupación (no confundir con la tasa de paro o desempleo) se sitúa en el 44% de los hombres y el 46% de las mujeres. Similarmente, en el Estado español, el porcentaje de personas en la misma franja de edad que ni estudian ni se encuentran presentes en el mercado laboral ha aumentado desde finales del 2008 en casi 20 puntos.

Más en general, Magdoff y Foster analizan en profundidad seis tendencias muy preocupantes para el trabajo en los Estados Unidos (y en todo el mundo capitalista sin excepción): (1) la disminución sostenida de la ocupación; (2) la disminución de la salud de las y los trabajadores remunerados debido a las tensiones que generan la inseguridad y la precariedad laborales; (3) el estancamiento e, incluso, declive salarial desde la década de 1980; (4) el aumento, ya comentado, de las personas pobres con empleo; (5) el incremento de la explotación de las y los trabajadores en el puesto de trabajo, y (6) la disminución de la parte correspondiente al trabajo en la renta nacional.

Por su parte, el artículo de Ursula Huws sobre «El iCapitalismo y el cibertariado» (pp. 69-93) se centra en explicar los efectos cotidianos y, en particular, sobre el mercado laboral de las nuevas olas de mercantilización en sectores como la biología, el arte y la cultura, los servicios públicos y la socialización, que han llevado al mercado cada vez más aspectos de la vida que antes quedaban fuera de la economía monetaria. La autora subraya especialmente el papel en todo ello de los cambios tecnológicos. Según desgrana Huws, se han creado nuevos modos de generación de productos que afectan a nuestra vida, consumo y trabajo diarios. Especialmente, toda una serie de factores económicos, políticos y tecnológicos que se refuerzan entre sí han producido un cambio muy radical en el carácter del trabajo, hasta el punto que características ocupacionales que en periodos previos eran excepcionales, anormales o inusuales ahora son dadas por hecho por una creciente proporción de la población. Detrás del surgimiento mismo de la Nueva Economía está, igual que en otras fases de expansión del capitalismo, la eviterna necesidad de generar nuevos campos de acumulación mediante la colonización mercantilista de nuevos territorios, ahora no solo geográficos, sino también en forma de ámbitos de la existencia individual. Según explica ilustrativamente Huws:

La siguiente categoría de nueva mercantilización, la socialidad, tal vez sea la más asombrosa en sus implicaciones cuando se la contempla como la base para crear nuevos productos y nuevas industrias. Las necesidades humanas de hablar y coquetear, explicarse chistes y compadecerse, estar en contacto con los amigos y la familia deben de haberles parecido a nuestros antepasados algo tan básico como la necesidad de los animales de acurrucarse unos junto a otros. Seguramente pensaran que eran impermeables a las frías y duras leyes del capitalismo. ¿Cómo era posible que se convirtieran en fuente de beneficios empresariales? Sospecho que mucha gente aún se aferra a la idea de que sus relaciones personales pertenecen al ámbito privado del afecto y la autenticidad, fuera del alcance

del mercado. Sin embargo, basta con echar un vistazo, por muy superficial que sea, a casi cualquier grupo de gente en casi cualquier situación social en el mundo desarrollado para darse cuenta de cuán ilusoria es dicha idea.<sup>4</sup>

Por lo que respecta a la evolución reciente del trabajo, distingue Huws cuatro grandes periodos desde la Segunda Guerra Mundial. El primero se extiende de 1945 a 1973, y se caracteriza por el predominio en los sectores de cariz fordista —en los que trabajaban mayormente los hombres blancos cualificados— del contrato estable con prestaciones asociadas como las vacaciones, las bajas por enfermedad o las pensiones. De este tipo de contratos quedaban habitualmente excluidas mujeres y minorías étnicas, así como los trabajadores de baja cualificación. Sin embargo, a pesar de no ser una realidad universal, sí que se consideraba una aspiración legítima de todas y todos los trabajadores. A partir de 1973 y hasta 1989, se produce una primera oleada de fusiones y deslocalizaciones industriales; aunque en Occidente continúa predominando el empleo estable y regulado, aumenta poderosamente la presencia de mujeres y migrantes, en muchos casos sin prestaciones ni garantías de estabilidad, en trabajos de baja cualificación y mal remunerados. A esto sigue, entre 1989 y 2007, un periodo de masiva desregulación económica, que incluye también al empleo. Es esta la fase de impulso definitivo a los fenómenos agrupados bajo el nombre de «globalización neoliberal»: libre comercio internacional de bienes y servicios; libre circulación de capitales, propiedad intelectual e información; financiarización de la acumulación, etc. Por lo que respecta al llamado trabajo productivo, se intensifica la ofensiva contra los sindicatos a fin de imponer fuertes reducciones a la protección del empleo y abrir el sector público a las ganancias empresariales. También en esta fase tiene lugar el *boom* digital y la Nueva Economía adquiere el protagonismo de que goza hoy en día. Lo que las nuevas tecnologías acaban posibilitando es, en definitiva, una segunda vuelta

de tuerca a la deslocalización de actividades productivas a países en desarrollo, esta vez centrada en procesos más complejos y tecnológicos que eran antes exclusivos de los países avanzados. Además, bajo el mito de la flexibilidad laboral, se desdibujan progresivamente los límites entre el trabajo y la vida personal, así como se privilegia la remuneración por resultados. En definitiva, entre 1989 y 2007 se disuelven muchos de los parámetros que habían definido el empleo en los dos periodos anteriores. Y así llegamos al momento actual.

A partir de 2007, las tendencias descritas para el periodo anterior se convierten en la nueva norma del trabajo. En un contexto de desempleo crítico, para el trabajador de la Nueva Economía —así como para una gran proporción de trabajadores en general— la diferenciación entre trabajo y no-trabajo prácticamente se ha desvanecido en un sistema de producción gobernado por grandes empresas transnacionales (ya no solo del Occidente desarrollado) que han conseguido implantar la competencia salarial (*«race to the bottom»*) y de productividad entre los trabajadores de todo el mundo. Algunas de estas grandes empresas operan como gigantescos conglomerados internacionales en campos que anteriormente eran ofrecidos y suministrados como servicios por la administración pública en un ámbito nacional. Esta internacionalización, externalización y privatización han resultado en la pérdida de control de gestión de esos servicios estatales, lo que ha coincidido, además, con la creación de organismos supranacionales y con nuevas contradicciones y tensiones en la regulación de los trabajadores especializados.

El artículo de Sandra Ezquerro, «El Estado español, crisis económica y el nuevo cercamiento de los comunes reproductivos» (pp. 95-116), utiliza el caso español para estudiar no solo los efectos de las políticas neoliberales en boga sobre las seculares desigualdades de género, sino, sobre todo, la centralidad analítica y política de las relaciones de género a la hora de comprender tanto las dimensiones como las respuestas políticas a la crisis sistémica internacional en la primera década del

siglo XXI. En línea con los desarrollos conceptuales de David Harvey, Maria Mies o Silvia Federici, Ezquerra caracteriza la etapa actual del capitalismo como una renovada fase de «acumulación por desposesión» y constata cómo la renuncia del Estado de bienestar a la prestación de cuidados y la privatización de estos, como principal característica de la gestión institucional austericida de la crisis económica, han constituido en la práctica un nuevo cercamiento de comunes, en este caso, de los comunes reproductivos, que ha supuesto para la mujer una doble carga de trabajo en un momento en que, «a diferencia de otros momentos históricos, [la rehogarización de la reproducción social] no conlleva hoy la retirada de las mujeres de la llamada economía productiva, sino que en realidad se da de manera paralela a una mayor importancia de su rol económico»,<sup>5</sup> con lo que se configuran nuevas modalidades de división sexual del trabajo.

Raúl Delgado Wise («Migración y trabajo hoy. Imperialismo, desarrollo desigual y migración forzosa», pp. 117-138) y Zuhal Yeşilyurt Gündüz («La feminización de la migración», pp. 139-158) se ocupan de otro de los fenómenos destacados en el ámbito del trabajo globalizado, a saber: las migraciones internacionales, profundamente feminizadas, y sus consecuencias en los países tanto receptores como emisores.

Delgado Wise eleva el análisis del trabajo del plano nacional al plano global y de la exacerbación de las desigualdades Norte-Sur. De este modo, llama la atención sobre el nuevo rostro del imperialismo ejercido por las grandes empresas transnacionales, que ahora buscan explotar el trabajo más barato y más flexible del Sur global —y ya no solo o principalmente sus recursos naturales—, y que es causa del desempleo, la precariedad de las condiciones de vida y la rampante inseguridad laboral en los países de la periferia global. A su vez, son justamente esas menguantes condiciones de vida generadas por la imposición mundial de los principios neoliberales las que han impulsado una buena parte de la migración forzosa tanto interna como transfronteriza (de dirección Sur-Norte,

pero también Sur-Sur), en lo que Delgado Wise describe como dos caras de una misma moneda: la exportación de trabajo del Sur al Norte, de modo directo a través de la migración, y de forma indirecta a través de la externalización de procesos de producción y de su deslocalización a países del Sur. «La exportación de trabajo en ambas formas delinea una *nueva división internacional del trabajo* similar a una reedición de los enclaves económicos periféricos, e incluye la aparición de *nuevas modalidades de intercambio desigual* mucho más severas que en el pasado: la transferencia neta de beneficios hacia el Norte mediante operaciones de externalización de la producción al Sur, y la transferencia del Sur al Norte de los costes ya soportados por la educación y la reproducción social del trabajo que después emigra». <sup>6</sup>

Así, por ambas vías, los trabajadores de Sur han pasado a engrosar hoy en masa la nueva reserva *global* de trabajadores de la que se nutren actualmente las empresas transnacionales tras una sostenida ofensiva para reducir los costes laborales e incrementar las ganancias. En respuesta a esa ofensiva, el autor señala finalmente la urgencia de, «entre otras cosas, una unidad de organizaciones y movimientos sociales que, en alianza con intelectuales progresistas, promueva un proceso de transformación social». <sup>7</sup>

Yeşilyurt Gündüz viene a cubrir las carencias, desde una mirada feminista, del artículo de Wise y no solo insiste en el surgimiento de una nueva división internacional del trabajo, sino que adopta sobre esta una perspectiva de género: al trabajo «productivo» analizado por Delgado Wise, suma también el trabajo reproductivo que continúan realizando las mujeres. La autora constata que se está produciendo una verdadera «fuga de cuidados» del Sur al Norte de consecuencias potencialmente irreversibles y que, en aras de comprender la nueva división internacional del trabajo, no basta con examinar sus dimensiones étnicas o geopolíticas, sino que resulta imprescindible analizar cómo estas se ven cruzadas por relaciones patriarcales y contribuyen a impulsar una nueva reestructura-

ción de la producción y, a pesar de su invisibilización por parte de la economía política, una nueva reestructuración de la dimensión reproductiva de la economía.

En efecto, a lo largo de los últimos veinte años, el número de mujeres migrantes ha aumentado hasta alcanzar en la actualidad un valor de más del 50% de la totalidad de migrantes mundiales. En el centro capitalista, el envejecimiento de las poblaciones, la incorporación masiva de la mujer al trabajo remunerado y la renuncia creciente del Estado de bienestar a proporcionar los cuidados precisos han incrementado enormemente la demanda privada de trabajos domésticos y de cuidados. Así, muchas mujeres de la periferia han abandonado sus propios hogares y a sus familias en sus países de origen para cuidar de hogares y a familias de clase media y alta en los países acaudalados del Norte. Ello está dando lugar a «una desertificación de cuidadoras y de los comunes emocionales del Tercer Mundo».<sup>8</sup> La paradoja, en palabras de Polly Toynbee, es que, para las mujeres liberadas del Norte, «solo ha sido posible escapar de la esclavitud doméstica traspasándosela a otro grupo de mujeres oprimidas», en una nueva «división internacional del trabajo reproductivo [...] moldeada simultáneamente por el capitalismo global, la desigualdad de género en el país emisor y la desigualdad de género en el país receptor» (Parreñas).<sup>9</sup> A ello cabe añadirle el impacto de unas normativas laborales y de extranjería diseñadas e implementadas para servir a los intereses del capital y la explotación por parte de los países del Norte de la agudización de la crisis de reproducción social en los países del Sur.

Nos hallamos, en definitiva, ante una nueva forma de colonialismo occidental centrada en la extracción del trabajo emocional del Sur, un trabajo comúnmente excluido de los análisis de la economía global, a pesar de representar «el sostén de un elemento significativo de la infraestructura local, nacional e incluso internacional» y de visibilizar a la perfección las espaldas reales, las de las mujeres y particularmente las mujeres del Sur, sobre las que descansa el capitalismo global.

La parte de la selección dedicada al trabajo, productivo y reproductivo, se cierra con el artículo de Carl Ratner sobre «La cooptación neoliberal de las mayores cooperativas» en los Estados Unidos (pp. 159-180). Aunque a menudo se piensa en la propiedad cooperativa de los medios de producción como una alternativa a los regímenes de propiedad capitalista y al trabajo asalariado que estos conllevan, Ratner denuncia la fuerte penetración de los principios económicos capitalistas y neoliberales en el movimiento cooperativista estadounidense, así como la gran distancia que lo separa de la genuina construcción de una alternativa transformadora. Como contraejemplo, presenta el caso del pueblo-cooperativa de Nanjie, en la provincia china de Henán, donde se están dando auténticos pasos para la edificación de un sistema de propiedad colectiva capaz de incluir las principales dimensiones de la existencia humana. Por lo demás, los ejemplos que describe el artículo sirven como nueva constatación de la gran capacidad del capitalismo para absorber las diferentes iniciativas transformadoras mediante la cooptación y la perverción de sus iniciales ideales transformadores.

Por último, la selección que aquí presentamos termina con dos piezas conjuntas de Paul Sweezy y Paul Baran, respectivamente padre e inspirador de *Monthly Review*, en un intento de mantener viva su memoria y su esencial contribución al pensamiento alternativo y de izquierdas durante varias décadas. El primero, titulado «La calidad de la sociedad capitalista monopolista: cultura y comunicaciones» (pp. 181-215), es un capítulo inédito de *El capital monopolista* en el que los autores analizan profusamente del rol del aparato cultural capitalista en la fase monopolista. El segundo, «Tesis sobre la publicidad» (pp. 217-230), es la recuperación para el público hispanohablante del escrito ya clásico de Sweezy y Baran aparecido originalmente en 1964 en la revista *Science & Society*.



## Conclusión

En definitiva, los textos aquí compilados apuntan algunos de los múltiples cambios y metamorfosis que han experimentado las diferentes esferas y dimensiones del trabajo en el plano global y en los distintos planos nacionales. El desarrollo de la actual crisis no hace sino presentar una agudización y una continuación de los diferentes procesos de transformación que se iniciaron cuarenta años atrás y a los que hoy se añaden otros íntimamente ligados a la nueva etapa de desarrollo capitalista.

El actual contexto, marcado por un neoliberalismo rampante obcecado en la consolidación y el pago de la deuda, está imposibilitando la capacidad de los Estados para efectuar políticas de gasto expansivo, algo que no solamente los incapacita para frenar el paro, sino que los empuja a acometer espirales de recortes de derechos y provisiones sociales que están amenazando las condiciones básicas de vida de las gentes y, más aún, la capacidad reproductiva misma.

Ante esta disyuntiva, están apareciendo alternativas económicas de potencial y objetivos diversos, de procedencia ambivalente y, en ocasiones, contradictoria —algunas vienen desde el corazón del sistema capitalista, mientras que otras proceden de los movimientos ciudadanos de base—, pero que tienen en común que se engloban dentro de la emergente esfera de la «economía social y solidaria»: un marco en el que caben desde parches desde dentro (que no cuestionan el funcionamiento del capitalismo, solo lo «suavizan») hasta iniciativas radicalmente transformadoras; en el que se engloban diferentes alternativas a la ortodoxia dominante, desde posturas de vocación reformista hasta las hijas de las teorías de los comunes, estas últimas con ideas procedentes de las periferias del sistema capitalista y ahora articuladas también desde el centro, que pretenden impulsar nuevas formas de articulación de la vida colectiva menos mercantilizadas y desiguales, con la reproducción en el centro. Se trata de alternativas, todas ellas, contrarreactivas frente a este capita-

lismo neoliberal salvaje e inhumano que, sin lugar a dudas, son tan necesarias como el agua en el desierto.

Sandra Ezquerro, Víctor Ginesta y Joan Quesada  
Barcelona, septiembre de 2015

### Notas

1. Milton Friedman, «Preface, 1982», *Capitalism and Freedom*, Chicago University Press, Chicago, 1982, p. xii. La traducción es nuestra.
2. Para la época, véase el clásico análisis de Paul Baran y Paul Sweezy en *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de los Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México D.F., 1968, especialmente los capítulos 3 y 4.
3. Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Barcelona, 2002, p. 294.
4. *Infra*, p. 75.
5. *Infra*, p. 111.
6. *Infra*, p. 125.
7. *Infra*, p. 118.
8. *Infra*, p. 143.
9. *Infra*, p. 149.